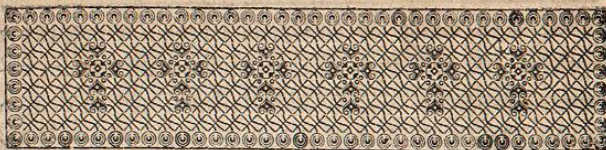


ta tierra de esclavitud. No todos tienen aquella fortaleza que hace á las gentes como insensibles á los pesares, y algunos me dieron á conocer con sus quejas, cuán grande era el sacrificio que hacían. Jesucristo, ¿no dijo en estos mismos parages que era amargo el cáliz? Sin embargo, lo bebió hasta la última gota.

El 12 de octubre monté á caballo con Ali-Agá, Juan, Julian, y el dragoman Miguel, y salimos de la ciudad por la puerta de los peregrinos. Pasamos por el campamento del bajá, y ántes de entrar en el valle del Terrebinto, me detuve para mirar aun á Jerusalem, y por encima de sus murallas vi sobresalir la media naranja del Santo Sepulcro. Ningun peregrino tendrá el gusto de verla, pues que ya no existe, y ahora el sepulcro de Jesucristo está espuesto á las injurias del aire. En otro tiempo toda la cristiandad hubiera acudido á restablecer este sagrado monumento, pero actualmente nadie piensa en ello. Despues de haber estado contemplando á Jerusalem me metí entre los montes. Eran las seis y veinte y nueve minutos cuando perdí de vista á la santa ciudad; de este modo el marinero señala el instante en que desaparece de su vista una tierra lejana que no volverá á ver.



CAPITULO XXIV.

DE LAS PEREGRINACIONES Á JERUSALEN.

AL mirar las bandadas de peregrinos que cubren los caminos de la ciudad Santa, el pensamiento conduce naturalmente á aquellos tiempos de la edad media en que cada año partían de todos los ángulos de la Europa, cristianos que venían á adorar el Divino Sepulcro. Siete ú ocho siglos ántes de la primera cruzada se comenzaba ya á emprender el viaje de Jerusalem. En aquellas edades remotas, nada era tan bello, nada había tan grande como una peregrinación á Palestina; un peregrino partía acompañado del respeto de los pueblos: la espada de los caballeros le defendía, como defendía al huérfano y á la

viuda: á su vuelta se convertia en un ser augusto y sagrado. El peregrino de esas edades antiguas era reverenciado como los enviados de Dios, que en tiempo de Abrahan y de Jacob visitaban algunas veces á los hombres bajo la figura de viajeros. A esto sin duda debe atribuirse la conservacion de una multitud de historias de peregrinaciones: una relacion del viage santo era cosa tan preciosa y tan interesante, que ocupaba el primer lugar entre los monumentos históricos de aquella época. Reina en las relaciones de los antiguos peregrinos ese piadoso entusiasmo, esa ardiente devocion que mas tarde debian producir las guerras de la cruz: todos los lugares santos están descritos en ellos con un cuidado minucioso y una complaciente esactitud: los mas pequeños pormenores de la peregrinacion se encuentran referidos difusamente.

Si Roma despues de haber sido la reina del mundo idólatra, se habia hecho la capital del mundo cristiano, existia otra ciudad aun mas santa á los ojos de los adoradores de Jesucristo: era la antigua Sion, era Jerusalem, cuna de la fé: encerraba en su recinto el sepulcro del Salvador.

Pocas ciudades han sido víctimas de tantas revoluciones como Jerusalem. Capital del poderoso reino de David y de Salomon, vió el oro de Ofir y los cedros del Libano adornar su templo. Devastada por los babilonios, renació mas hermosa bajo los macabeos y los Herodes; la arquitectura griega se introdujo en ella, como lo prueban los *sepulcros reales* al norte de la ciu-

dad. Contaba entónces muchos cientos de miles de habitantes; pero la hirió una venganza del cielo, y en el año de 70 Tito la destruyó hasta los cimientos. Adriano fabricó en su lugar la ciudad *Aelia capitolina*; pero desde Constantino, el uso restableció el nombre de Jerusalem.

Los persas y los árabes que la conquistaron en el siglo séptimo la llamaron *El-Kods*, la santa, algunas veces: *El-Kerid*, la noble. Los caballeros de la Europa cristiana, la libraron de las manos de los infieles en 1098: el trono de Godofredo y de Balduino, lanzó un esplendor momentáneo que eclipsaron discordias intestinas. En 1187 Saladino volvió á plantar la media luna sobre las ruinas de Sion. Desde esa época, conquistada á su vez por los sultanes de Damasco, de Bagdad y de Egipto ha mudado de señor hasta por la décima vez, convirtiéndose en 1517 en una ciudad turca. ¿Están muertas todas sus esperanzas? ¿Se levantará alguna vez resplandeciente desde el fondo del desierto y eclipsará con la nueva su primitiva grandeza? La oscuridad del porvenir envuelve los arcanos de la Divinidad.

En todos tiempos los cristianos creyeron santificarse yendo á visitar el Santo Sepulcro: desde el reinado de Constantino este celo fué siempre en aumento; las peregrinaciones se hicieron mas frecuentes: los romanos vencidos sobre la tierra, no parecieron bien pronto ocupados mas que en conquistar el cielo.

Las pasiones mudaban de objeto: la iglesia ocupa-

ba el lugar del estado: el púlpito el de la tribuna, y los santos sucedian á los héroes.

Cuando Genserico y Alarico hubieron entregado al pillage á Roma, y encadenado al pueblo rey, muchas ilustres familias romanas vinieron á establecerse en Jerusalem. La piedad ardiente de Helena y el celo de los primeros sucesores de Constantino, que vino él mismo á celebrar en Jerusalem el aniversario treinta y uno de su reinado, inaugurando la iglesia de la Resurreccion, atrajeron á esta ciudad una poblacion numerosa, grandes riquezas y la embellecieron con monumentos magnificos.

Juliano quiso inútilmente derribar allí la cruz y levantar otra vez el templo de Salomon. Despues Cosroes desoló la ciudad, profanó los lugares santos, destruyó los edificios, dispersó á los cristianos, y entregó un inmenso número de ellos á la venganza cruel de los judíos. Heraclio lanzó á estos conquistadores bárbaros, volvió á plantar la cruz en Jerusalem, reedificó sus murallas y restituyó la paz y la riqueza.

Este triunfo fué brillante, pero corto. Mahoma apareció. El fanatismo guerrero de los árabes, inundó el mundo desde la India hasta Cádiz. En pocos años se vieron la Palestina y la Fenicia sometidas, Egipto y Africa subyugadas, España conquistada, Francia invadida. La Europa sin la victoria de Carlos Martel, habria obedecido á la ley del Coran.

Largo tiempo hacia, que Jerusalem aislada y privada de socorros, se habia hecho presa de los sarracenos. Los cristianos fueron entregados en ella á todos los ultra-

ges de un odio feroz, á todas las persecuciones de un fanatismo bárbaro: no gozaron de alguna tregua y de algun reposo hasta el reinado del famoso Haroun-al-Baschild.

Este califa demasiado fuerte para ser cruel, demasiado grande para ser injusto, demasiado hábil para ser intolerante, permitió á los cristianos, pagando un ligero tributo, venir á visitar los Santos Lugares. Aun envió, segun se dice, las llaves del Santo Sepulcro á Carlo Magno. Esta sábia política estendió su gloria, enriqueció sus estados. Jerusalem se hizo otra vez el objeto de los viages religiosos y comerciales de los europeos, como la Meca lo era de los peregrinos de la Africa, del Egipto y de la Asia.

Las peregrinaciones se multiplicaron, el deseo del lucro contribuia á ellas tanto como la religion. Por otra parte las relaciones comerciales entre el Oriente y el Occidente jamas habian cesado del todo, aun en los tiempos de las mas vivas persecuciones. El interes aun mas acaso que la gloria se complace en superar los obstáculos y desafiar los peligros. Bajo el reinado de Goutran en Francia, los vinos de Gaza eran conocidos y buscados: las piedras preciosas y las sedas de la Asia brillaran en el tesoro de Dagoberto. Venecia, Génova y Marsella fundaban sus riquezas y su poder sobre el comercio que mantenian con los puertos del Asia menor, del Egipto y de la Fenicia. Sus negociantes se veian en gran número en las ferias de Alejandria de Bagdad y del Cairo.

Los árabes vencedores del mundo, sufrieron bien pronto la suerte de todos los conquistadores. La fortuna y el poder embriagaron é hicieron caer en la mollicie á los califas fatimitas. La ambicion de los emires disminuyó la autoridad de los monarcas, y aquellos se aprovecharon de su debilidad. La tiranía se hizo mas insoportable dividiéndose: en lugar de un señor los pueblos gimieron bajo una multitud de déspotas, y como la crueldad es casi inseparable de la mollicie, la sangre de los cristianos corrió á torrentes. Se dió la señal de proscripcion: el odio del musulman respondió á ella por el homicidio: se armó el fanatismo con la cuchilla de las leyes que en sus manos se convirtió en puñal.

Los gemidos de Sion resonaron en el occidente: Pisa, Génova y Boson rey de Arles, ardiendo en deseos de vengar á la Europa ultrajada y á la religion que padecia, hicieron una expedicion á las costas de Siria y de Fenicia.

Los peligros de la peregrinacion aumentaban el entusiasmo de los peregrinos: el sepulcro de Jesucristo atraia siempre una multitud de fervorosos adoradores, que visitaban el Calvario cantando himnos, aun cuando debiesen ser para ellos el cántico de la muerte: mientras mas peligros presentaban estos viages, mas meritorios y gloriosos se reputaban. La iglesia los ordenaba entónces como penitencia á los pecadores: los crímenes cometidos á las orillas del Sena, del Támesis, del Rin, del Tajo y del Tíber, debian lavarse en las aguas

del Jordan. Los viageros depositaban los remordimientos de su criminal conciencia en el sepulcro del Dios de misericordia y volvian inocentes á sus hogares.

En aquella época los gefes de las naciones europeas eran mas bien reyes en el nombre que en la realidad. Una nobleza guerrera, altiva y turbulenta habia usurpado su autoridad: cada uno de estos guerreros era señor, general, juez y tirano en sus dominios. Los gobiernos sin fuerza y sin freno, no presentaban mas que el triste cuadro de una anarquía feudal y bárbara.

La espada juzgaba los pleitos: el oro absolvía del asesinato: la ignorancia cubria al occidente de tinieblas. Casi no se veian brillar otras virtudes que el valor, y una devocion mas supersticiosa que moral. El clero solo conservaba en depósito las centellas de las luces de Grecia y de Roma y los principios de la antigua caridad cristiana. Así los pueblos y los reyes recurrian unos á su proteccion y á su justicia, otros á su crédito y á su ciencia.

Esto fué lo que hizo al clero poco á poco tan influente: abusó alguna vez de su poder; pero frecuentemente se sirvió de él con sabiduría y rectitud, para suavizar y para reprimir las costumbres feroces de esta nobleza altanera y belicosa.

En lugar del destierro, impuso el viage á tierra santa á los criminales poderosos: y como entónces la licencia, el orgullo y las pasiones hacian estos crímenes diarios y multiplicados, los mares y los caminos que

conducian á la Asia se vieron cubiertos con una multitud de peregrinos.

No había delitos que no pudiesen espiarse con este viage: ninguna gloria igualaba á la que se adquiría con estas romerías peligrosas. Los condes de Flandes, de Anjou y de Barcelona, así como el duque de Normandía padre del conquistador, acompañados ó seguidos por numerosos vasallos fueron á llorar al pié del Santo Sepulcro los escesos de su ambicion en los que volvian á caer á su vuelta. En 1054 el obispo de Cambrai partió para la Palestina con tres mil peregrinos. Mas tarde otros siete mil emprendieron el mismo viage siguiendo al arzobispo de Mayenza y á muchos obispos del Rin. Tales caravanas parecian destacamentos de ejércitos y eran la vanguardia de las cruzadas.

Es muy sabido que los peregrinos al partir para Jerusalem recibian de manos de su obispo ó del cura de su parroquia el báculo y el escapulario y ademas una carta circular especie de pasaporte que les recomendaba á todos los fieles. Habia en Jerusalem un hospicio para ellos: eran recibidos con la cruz á la entrada del hospicio, y despues se les conducia á las celdas que les estaban destinadas: el lavatorio de piés era una de las ceremonias usadas para el recibimiento de los peregrinos. La peregrinacion no costaba mas que el pago de dos tributos, uno para entrar en Jerusalem, otro para visitar el Santo Sepulcro.

Las ceremonias que acompañaban el recibimiento de los peregrinos francos se habian conservado hasta el

siglo último en el convento de San Salvador; pero hace cincuenta ó sesenta años, estando Jerusalem olvidada por la Europa mas que nunca, todas estas piadosas prácticas de los antiguos tiempos, se han perdido en el monasterio latino. Cuando se piensa que hubo una época en que los caminos de Jerusalem eran demasiado estrechos para la inmensa multitud de los pueblos del occidente: cuando se piensa que durante mil años la Europa no ha conocido cosa mas santa ni mas gloriosa que la peregrinacion al Sepulcro de Jesucristo, ¿puede dejar de admirarse que el nombre de Jerusalem se haya hecho el dia de hoy entre nosotros un nombre casi indiferente? En estos últimos tiempos un ejército frances ha pasado á las orillas de la Palestina, por los territorios de Jaffa y de San Juan de Acre, de Nazaret y del Thabor, ha venido alguno á visitar á Jerusalem? *Jerusalem no entra en mi línea de operaciones*, respondió un dia Bonaparte á uno que le proponia avanzar hasta la ciudad santa, por la que en otro tiempo se levantó armado el occidente entero.

Los peregrinos que ahora concurren á la ciudad santa pertenecen todos á las regiones de oriente: los conventos griegos y armenios se sostienen principalmente con las limosnas de los peregrinos de sus naciones: la cesacion de estas romerías les reduciria á un estado de miseria que no les permitiria permanecer en Jerusalem. Por otra parte la ciudad santa que no tiene ni comercio ni rentas en su territorio, no podria mantener á sus habitantes sin este concurso de estrangeros que todos los

años vienen á derramar tesoros en medio de ella. Jerusalem no cuenta por único recurso mas que sus santas ruinas: es una pobre reina que no tiene ya ni palacio ni corona, y que sentada á las orillas del camino procura escitar la piedad de los pasajeros, mostrándoles sus arapos venerables, hablándoles de su antigua gloria.

Los peregrinos llegan en los meses de enero y de febrero, en los primeros dias de marzo lo mas tarde: no se vuelven hasta pasada la celebracion de las fiestas de Pascua. En esta época era tambien cuando los peregrinos del occidente acostumbraban ir á Jerusalem. Se ven peregrinos de todas las naciones cristianas de oriente, griegos, armenios, abisinios, siros coptos: todas las sectas que pertenecen al evangelio tienen aquí su punto de reunion: se encuentran tambien muchos judíos y aun peregrinos turcos, porque Jerusalem es al mismo tiempo una ciudad santa á los ojos del musulman.

Todos estos peregrinos de Oriente vienen aquí en bandadas. Las caravanas cristianas caminan en orden y bajo la direccion de un gefe como las grullas ó las cigüeñas cuando pasan á otros cielos: se adelantan con las provisiones del camino, con los vasos y los utensilios de cocina pendientes de los costados de los camellos ó de los mulos: son familias enteras seguidas de todo su ajuar doméstico, que cuentan por nada las fatigas de un viaje de muchos cientos de leguas, que caminan desde la aurora hasta el anochecer, ya bajo la lluvia, ya bajo los fuegos del sol, que pasan las noches

á cielo raso, y cuando se acaban sus víveres, viven con lo que encuentran como las aves del cielo: no solo los hombres robustos se sujetan á tantas fatigas y privaciones, sino tambien débiles ancianos que no quieren morir ántes de haber visto á Jerusalem, mugeres y doncellas destinadas á una vida mas pacífica y mas dulce, niños que apenas salen de la cuna, y vienen á hacer su aprendizaje de los padecimientos de la vida, en los caminos de la ciudad donde Dios padeció y murió. Aunque la multitud piadosa no se aventura sin armas, cae algunas veces en las manos rapaces de los beduinos: entónces, ¡qué de lágrimas! qué de cuidados! porque es necesario dinero, mucho dinero para llevar al cabo la peregrinacion. Se trabaja diez años, veinte años para el viage santo. Una familia cristiana viene á gastar á Jerusalem algunas veces el producto de los trabajos de una vida entera.

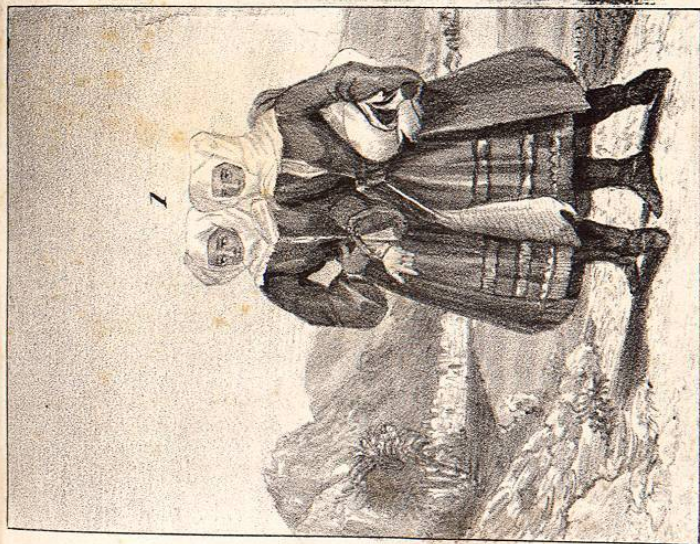
Llegados los peregrinos bajo los muros de Jerusalem se ven obligados á esperar á sus compañeros que han quedado atras para poder entrar todos juntos en la ciudad: entre tanto uno de los guardas de la puerta de Belen (pues por ella hacen los peregrinos su entrada) va á avisar al gobernador y á pedirle su licencia para dejarlos entrar. El permiso se concede mediante el tributo acostumbrado, y la puerta se abre. Todas las naciones, escepto los turcos y los francos, pagan cuatro paras por cabeza para entrar en Jerusalem, y otras tantas para volverse. Cada nacion se va de allí á su convento guiada por uno de los superiores del monasterio.

Los peregrinos son hospedados y alimentados por dos dias en el convento: al tercer dia se les llama sucesivamente, se toma razon del nombre y de la patria de cada uno, y se le pide una suma proporcionada á sus facultades; unos dan mil y quinientas piastras, otros mil, los ménos ricos pagan seiscientas: despues se les busca un alojamiento para todo el tiempo que deben pasar en la ciudad, bien entendido que este alojamiento es á espensas de los peregrinos. Ademas están obligados á dar cierta cantidad para cada uno de los lugares santos donde quieren orar: un sacerdote de su nacion les acompaña en estas visitas piadosas. Un peregrino no puede penetrar en la iglesia del Santo Sepulcro, sin estar provisto de un *pase* que da la autoridad musulmana: y este permiso no se da gratis. En fin, y esto parecerá increíble, la confesion se ha hecho para los sacerdotes griegos uno de los ramos más lucrativos de su comercio religioso, y solo á precio de plata obtiene un peregrino el perdon de sus faltas. Cálculase por esto lo que cuesta á un griego ó á un armenio la peregrinacion de Jerusalem. Los peregrinos católicos encuentran en el monasterio latino una hospitalidad generosa, y no gastan nada para llevar al cabo sus actos de devocion; los griegos y los armenios que nunca han visto cosa semejante entre ellos, dudan que pueda conseguirse la salvacion tan barata.

La nacion armenia, la mas rica, la mas ignorante, la mas supersticiosa de las naciones cristianas cismáticas de Oriente, deja en su convento de Jerusalem sumas enor-



2. el peregrino como se ve en do.



1. los peregrinos de las abadías de Jerusalem.